

de conmoción que derrumbó el Imperio de Roma y cambió el equilibrio de las naciones. El primer gran período de emigración en tiempo de Genserico, de Alarico y de Atila puso en movimiento todos los pueblos del mundo antiguo, desde las costas del mar del Japón hasta las orillas del Mediterráneo y del Atlántico, pero su resultado principal fué establecer claramente la importancia de los pueblos germánicos y asegurarles la posesión incontestada de territorios políticos constituidos en Estados distintos. En la misma época en que, bajo el gobierno de Carlomagno, la raza tudesca llegaba á tomar la hegemonía entre los pueblos, otro conjunto étnico, el de los Eslavos, — antes designados bajo los nombres muy generales de Escitas, Sármatas é Hiperbóreos —, comenzaba á precisarse en la historia y á unirse en comunidades de Estados que sufrían ya la influencia directa del cristianismo y de la civilización greco-romana.

Al principio de la historia escrita de los pueblos europeos, Fenicios y Griegos sólo tenían una idea muy vaga de las inmensas regiones del Norte inclinadas hacia otros mares y pobladas de razas que tenían costumbres diferentes de las de los Meridionales. Ese mundo en que no penetraban había quedado bastante oscuro para que de él se refiriera, no la historia, sino fábulas y leyendas maravillosas en las que iría mezclada un poco de verdad. De ese modo la relación que hace Herodoto sobre los «Escitas labradores que siembran el trigo, no para consumirlo, sino para venderlo», (libro IV, § 17), nos prueba que los Griegos tenían algunas nociones de esas ricas comarcas de «tierra negra» que producían cereales en abundancia para la exportación; pero más allá, decían, el espacio estaba deshabitado, «los lugares no eran visibles ni abordables, á causa de las plumas esparcidas sobre el suelo». En efecto, dice Herodoto, «quien ha visto caer la nieve á copos apresurados sabe que los copos parecen plumas» (libro IV, § 7 y 30).

La vida de los «Escitas», tal como la describen los autores antiguos, es precisamente la que determinaba la naturaleza del suelo y del clima. Si los labradores residentes ó semisedentarios utilizaban las tierras más fértiles, el grueso de la nación, harto poco numeroso para la vasta extensión del territorio, se componía de pastores noma-

das que llevaban ante sí de estepa en estepa rebaños de bestias domesticadas, caballos, bueyes y ovejas. Las descripciones que se dan de ellos apenas difieren de las que diez siglos después hacían los cronistas de los Hunos, y de las que siglos posteriores aún repiten á propósito de los Mongoles. Los Escitas vivían al aire libre ó bajo la tienda; durante los viajes de emigración, las mujeres trabajaban pacíficamente sobre sus carros, en tanto que los hombres cabalgaban á su lado, vestidos de pieles de animales y algunos hasta de pieles de enemigos vencidos y llevando sobre su aljaba manos cortadas del cadáver. Habitados á cambiar frecuentemente de territorio, sin cuidarse de los primeros ocupantes, los Escitas eran temibles hombres de guerra, hábiles para evitar las batallas por rápidos ataques, seguidos de huidas rápidas, pero organizándose en ejércitos sólidos cuando se trataba de defender los cerros bajo los cuales descansaban sus antepasados. En esos pueblos se despreciaba la muerte: hasta la mitad del siglo X era práctica general el sacrificio voluntario de las viudas sobre la hoguera del marido entre los Eslavos de la Polonia actual¹. En tiempo de Herodoto los Masagetas que se sentían envejecer eran inmolados por sus parientes, y su carne, mezclada con la de diversos animales, servía para la comida fúnebre con que se honraba su memoria, pero el que tenía la desgracia de morir de enfermedad no era glorificado por un festín, porque su muerte era considerada como una especie de vergüenza. Los hallazgos hechos en muchos *kourgani* ó montículos fúnebres de la Rusia meridional completan las narraciones de Herodoto².

En los funerales de los grandes personajes, una esposa, unos servidores y unos caballos seguían al jefe á la muerte, y, en efecto, en las tumbas reales se encuentran numerosas osamentas, las de las víctimas sacrificadas á la vanidad del rango. En esos montículos se recogen objetos de cobre y de oro, armas y joyas, pero el hierro es allí más escaso, prueba de que en aquella época la industria europea acababa apenas de conquistar el metal por excelencia.

Pero ese oro, ese estaño y ese cobre, necesarios para la fabricación del bronce, no se hallaban en las llanuras de los Escitas: se

¹ H. M. Chadwick, *The Cult of Othin*, p. 42.
² *Historias*, libro I, § 215, 216.

lo procurarían de otros países. Los habitantes de las extensiones sármatas, por belicosos que les hubieren hecho las vanidades locales y las prácticas obligatorias de la venganza, se acomodarian indudablemente desde los tiempos más remotos á las necesidades del comercio, cuyos intermediarios tradicionales eran unas bandas de portadores, que constituían castas especiales, casi siempre despreciables, pero indispensables, que circulaban segura y libremente en todo tiempo por todos los caminos protegidos por la fe pública de todos, amigos y enemigos. Así es como los objetos preciosos necesarios á la industria se transmitían por las vías históricas de Asia, entre la China y el Occidente, el Cáucaso y las regiones del Norte. Había también vías comerciales que desembocaban en el litoral del Ponto Euxino, donde se habían instalado colonos griegos, rodeados de poblaciones medio helenizadas. El comercio del oro, sabido es por la expedición de los Argonautas, tenía uno de sus grandes mercados sobre la vertiente meridional del Cáucaso, en la Cólquide, la Georgia actual, y esa misma comarca poseía también yacimientos de estaño que suministraban á los artistas el elemento de mezcla necesario para la fabricación del bronce de arte (E. Chantre). En tiempo de Herodoto, los mercaderes procedentes de aquellas regiones caucásicas, lo mismo que los traficantes de Asia, llevaban sus metales á la ciudad de Olbia, situada en el curso inferior del Boristenes. Después otra ciudad griega, Panticapea, la moderna Kertch, en la costa meridional de la península de Tauride, heredó ese tráfico con los Asiates: por otra parte, los mercaderes no hacían probablemente más que una parte del camino; los objetos preciosos indispensables para los trabajos de lujo, acababan por llegar al Ponto Euxino de etapa en etapa, de mercado en mercado y por transmisión de numerosas caravanas.

A consecuencia de las mezclas y los cruzamientos, todos los Eslavos ó eslavizados de nuestros días, lo mismo que los otros habitantes, Finlandeses y Turcos de las grandes llanuras del Eur-Asia, podrían reivindicarse como antepasados suyos, no solamente las tribus guerreras cuyos montículos funerarios se alinean acá y acullá en el horizonte, sino también los antiguos pueblos mineros y comerciantes llamados Tchoudes, vocablo que, no teniendo hoy más significación

N.º 305. Camino de los Eslavos en Europa.



1: 20 000 000
0 500 1000 Kil.

Los territorios rayados son aquellos cuyas poblaciones actuales se sirven de una lengua eslava.

Las líneas de puntillado indican, según A. Lefevre, *Germaines et Slaves*, la marcha general de los Eslavos, desde el siglo V antes de la era vulgar hasta el siglo VIII.

que la de «miserable» y de «malo», representa en la imaginación popular mucho menos una casta, una clase ó una nación particular

que una raza misteriosa de gnomos ó duendes que conocían el arte de fabricar los metales y de extraer las piedras preciosas de las profundidades de la tierra.

Al principio de la Edad Media no existía nombre común de raza que comprendiese las diversas naciones actualmente designadas con el nombre de «Eslavos», término que por lo demás es de origen desconocido; quizá se derive de la palabra *Slovo*, que tiene el sentido de «gloria», pero precisamente ocurre que los primeros Eslavos que llevaron ese nombre eran ante todo pacíficos labradores, muy benévulos y dulces, que practicaban la vida en común¹, y no pretendían en manera alguna la reputación de guerreros y conquistadores. Con el transcurso del tiempo, por extensión patriótica, ese término acabó por significar «fama», «ilustre», porque los pueblos gustan siempre de modificar el lenguaje haciéndole servir para su propia gloria. Es probable que la verdadera etimología de la palabra «Eslavos» sea la de «Palabra», «Lenguaje», expresando así el conjunto de los individuos que hablan de modo que puedan ser comprendidos. Después, por una extraña ironía del azar, ese nombre de Eslavos (Eslavon, Schiavoni, Esclavones) llegó á ser entre los Venecianos y después entre todos los pueblos occidentales de Europa, el sinónimo de cautivos, «esclavos», tan grande fué el número de prisioneros que los conquistadores y catequistas cristianos, Carlomagno el primero, hicieron entre esas tribus orientales durante todo el tiempo que permanecieron paganos y hasta después de su conversión. Es un hecho reconocido por los historiadores² que el cristianismo y la esclavitud, viniendo del Oeste, penetraron al mismo tiempo en los países eslavos.

Las tribus agrícolas de la Eslavia permanecieron mucho tiempo inconscientes de su parentesco. En sus exodos, no presentan cohesión alguna y se dirigen hacia diversos puntos de Europa. Así esos Vénetos que pasan los Alpes y cuya denominación se encuentra en la Venecia (Wenedig, Venezia) actual, son hermanos de aquellos Vénetos á quienes los Alemanes dieron el nombre de Wenden y que avan-

¹ Palaky, *Geschichte von Böhmen*; Schaffarick, *Geschichte der Slawischen Sprachen*; L.-J. Hannusch, *Wissenschaft des Slawischen Mythos*.

² Schnitzler, Macciowsky, Schaffarick, Hannusch.

zaron á lo lejos en la Germania septentrional hasta el Elba y más al Sud hasta el Saale; hasta se comprueba la llegada de una de sus tribus al país de Luneburgo, entre Elba y Weser, y algunos nombres de ríos y de poblaciones nos los muestran en plena Franconia en el sitio donde se levanta la ciudad de Nurenberg. Las invasiones de los Eslavos siguen por la parte sud las de los Godos y otras naciones germánicas impulsadas hacia el Sud y hacia el Oeste; ocupan las regiones danubianas conocidas en nuestros días con el nombre de Alta Austria y llenan la mayor parte de la península de los Balcanes. Macedonia, Tracia y Tesalia se convierten en países eslavos; los invasores del Norte llegan hasta el Peloponeso y la Grecia entera toma el nombre de «Eslavia»: la nomenclatura geográfica de la comarca permite demostrar cuán grande fué la influencia de la lengua, muy aproximada al servio actual, que aportaron los extranjeros. Aunque digan lo contrario muchos escritores helenos, enorgullecidos por la gloria adquirida por sus antecesores de los grandes siglos, el cruzamiento de la raza eslava con la de los indígenas modificó singularmente los elementos étnicos de la antigua Grecia, pero los productos de la mezcla, sometidos á la poderosísima y siempre activa influencia del medio geográfico, han reconstituido gradualmente un tipo griego moderno muy aproximado del antiguo.

Aventurados en las llanuras bajas, sin fronteras naturales de defensa contra los pueblos germánicos circundantes, las tribus eslavas se hallaban en una posición naturalmente inestable, y al cabo de mil años se han visto obligados á retroceder mucho: los Alemanes les han quitado la mayor parte del territorio que habían invadido. Sea por la conquista y la matanza, sea por lenta penetración y substitución de raza, de cultura y de influencia, han rechazado el elemento eslavo hacia las estepas originarias; pero precisamente en el centro natural de Europa y del mundo germánico, los Tcheques y sus hermanos de raza, los Moravos, se han mantenido firmes, debido á que en ese punto el gran cuadrilátero de la Bohemia, ocupado en otros tiempos por los Celtas boios, constituye una verdadera ciudadela dispuesta por la Naturaleza en formas notablemente geométricas. La alta cuenca del Elba y de su rama principal la Vltava ó Moldau, no se abre más que por un largo y tortuoso des-

filadero hacia las regiones germánicas del exterior; sobre tres de sus caras, al Sudoeste, al Noroeste y al Noreste está muy claramente indicado el país por unas murallas de montes que, antes de la construcción de los caminos, fueron doblemente obstáculos, á la vez por sus bosques y sus precipicios y por la falta de poblaciones que despojar. El cuarto lado del cuadrilátero de Bohemia, el del Sudeste, presenta también una serie de cumbres y de asperezas que forman una línea de división entre los afluentes del Elba y los del Danubio; pero esta sucesión de alturas, donde unas minas desde hace mucho tiempo explotadas han atraído numerosos obreros, era mucho más fácil de atravesar que las otras fases del losange y permitía las comunicaciones entre los campos de la cavidad bohemia y las comarcas orientales de donde procedían los inmigrantes tcheques; sin embargo, la profunda depresión que se abre del Sud al Norte por el valle del Morava (*March* en alemán), entre las llanuras del Danubio y la alta cuenca del Oder, facilita mucho de una parte y de otra la presión de las poblaciones germánicas, y, de ese lado, el territorio de los Eslavos se halla reducido á un estrecho pedúnculo.

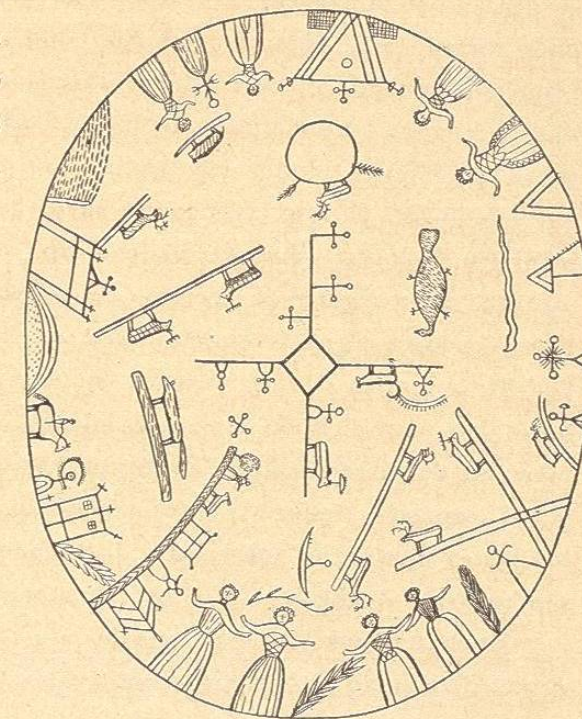
Los pueblos de origen finlandés, que, después de los Eslavos, tenían mucha preponderancia numérica entre los habitantes de las llanuras de la Europa oriental, se hallaron naturalmente envueltos en el movimiento de emigración con su vanguardia germánica y eslavona. Pero suele suceder que los emigrantes se entremezclan y se entrecivilizan por efecto de los choques y de los remolinos; las lenguas y hasta los recuerdos de la raza primitiva cambiaron durante el viaje. Un resultado de esa especie, claramente caracterizado, se halla entre los Búlgaros: estos habitantes de la antigua Moesia eran indudablemente de origen ugro, como los Hunos, y su lengua primitiva debía parecerse á la de los Samoyedos, sus parientes rechazados hacia las orillas del Océano glacial. Cuando aparecen por primera vez en la historia están acampados sobre las riberas del Volga, al que deben su nombre — á menos que el río haya recibido de ellos su denominación —, y su capital, situada por bajo del confluente del Kama, es uno de los mayores centros de tráfico en todo el mundo oriental. Su carrera de conquistas, de destrucción, luego de derrotas, de desastres y de vueltas ofensivas, es una de las más

espantosas que refieren los terribles anales de las emigraciones guerreras, y durante esas guerras se mezclan y remezclan con todos los restos étnicos de los pueblos vencidos, en las campiñas asoladas y sobre los campos de batalla. Su nombre, pronunciado con horror, es uno de aquellos que, en el lenguaje de los pueblos occidentales, ha llegado á ser una de las expresiones más mal sonantes, y, hasta

en el Brasil lejano, los Indios Bugres, que fueron durante mucho tiempo el terror de los colonos portugueses, son todavía designados con la denominación del pueblo ugro. Atravesando por primera vez el Danubio en 498, los Búlgaros fueron durante más de cuatro siglos un peligro constante para el imperio de Oriente; en 814 llegaron hasta los muros de Constantinopla; un siglo después, Basilio II el Armenio recibió el título de «Matador de Búlgaros», bien justificado por sus atroces matanzas. Pero,

á pesar de todo, los Búlgaros, ya cristianizados, se sostuvieron al sud del Danubio, aunque de tal manera mezclados á otros invasores, que su origen ugro ha desaparecido: se han convertido en Eslavos por la lengua y las costumbres, como sus vecinos los Servios y los Rusos.

Otras poblaciones de origen finlandés, que también habían penetrado en las llanuras de la Europa oriental, han permanecido, si no puras, al menos con una coherencia nacional suficiente para llegar claramente distintas hasta nuestros días, conservando sus idiomas, lo mismo que una parte característica de sus antiguas costumbres.



TAMBOR SOBRE EL CUAL INTERROGAN LA SUERTE
LOS LAPONES